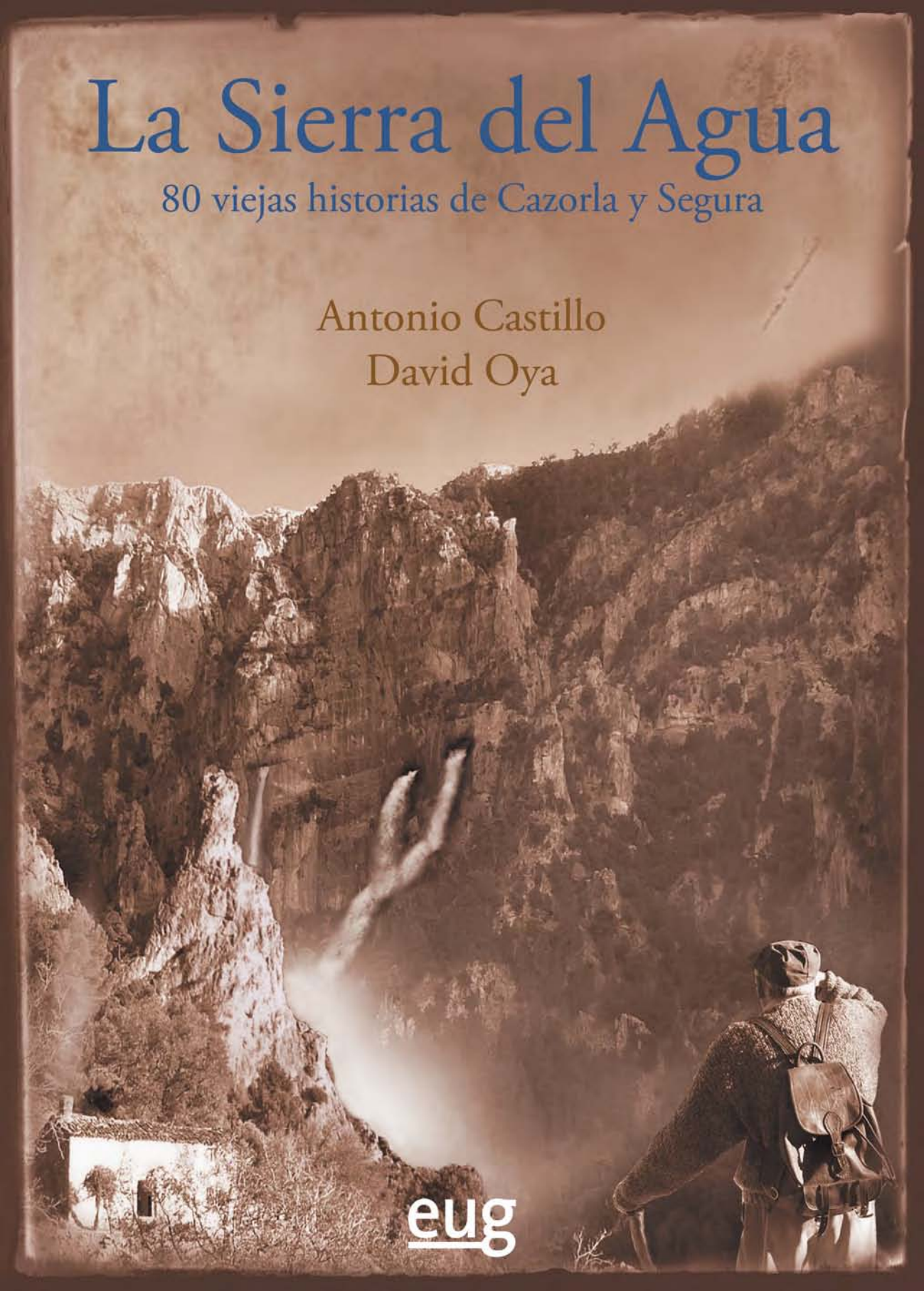


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Devorada junto a la fuente del Leganillo"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 97-100



21. Devorada junto a la fuente del Leganillo

Por Antonio Castillo



Barranco y humedales de la antigua fuente del Leganillo, donde fue devorada una mujer del cortijo del Moral en la segunda mitad del siglo XIX (foto Antonio Castillo, 19 de octubre de 2011)

HAN PASADO muchos años ya, y todavía sigue viva por tierras del Almirerán, en la raya con Granada, la tragedia de aquella desdichada mujer. Hoy, unas afables laderas de labor salpicadas de cortijos. Me acompaña un serrano de toda la vida al que le he pedido que me cuente esta triste historia, que ya conocía de oídas.

—Hasta finales del XIX hubo mucho lobo en estas sierras. Entonces causaban numerosas muertes, porque los lobos cuando tienen hambre no respetan.

Con los años, se les fue castigando más eficientemente. Se perfeccionaron los sistemas de defensa, las trampas y las armas de fuego. Fueron los tiempos del oficio de lobero y de recoger recompensas por cortijos, ayuntamientos y asociaciones de ganaderos. El animal empezó a hacerse más huidizo y errático, hasta que desapareció de estas sierras por los años 30 del siglo XX. Después sólo se han visto en esporádicas incursiones desde las sierras de Segura y Alcaraz, linderas con Sierra Morena, la madre de los lobos del sur peninsular.

—Pero descuide usted, que el día menos pensado nos tropezamos los lobos por estas risqueras. Ganados y pastores cada vez hay menos, con lo que se han quitado de encima a su principal enemigo, y, además, el monte, ya ve, lo está cerrando todo.

Esta vieja historia viene a cuento de una de aquellas muertes debidas al lobo, especialmente dramáticas por las circunstancias del caso. Fue a darse junto a la fuente del Leganillo, en el barranco del mismo nombre. Las aguas todavía brotan en años húmedos (todas las fuentes de la Sierra han mermado mucho), dando lugar a un pequeño carrizal, en un barranco solano salpicado de pinos y carrascas. Aunque de caudal modesto, su ubicación al pie de una vereda, en una zona de cultivos, gentes y ganados, la hizo muy apreciada en su tiempo. A su vera, como era costumbre, se disponían unos tornajos, en los que abrevaba el ganado.

Mi amigo me va contando y yo, como puedo, voy tomando notas. Esta que sigue es la historia de lo que allí pasó. Fue un gélido anochecer de diciembre, por Navidad. En el cortijo de los Ortegas se había organizado una fiesta de vecinos. Eso era en el Almicerán, al pie de la sierra de la Cabrilla. A apenas un kilómetro se hallaba el cortijo del Moral, donde

vivía un matrimonio con una hija de corta edad. El marido tenía empeño en ir al jolgorio, pero la mujer se resistía, por no dejar sola a la niña, que dormía ya. Al final, pudo convencer a su mujer con la promesa de volver pronto. Y así lo hicieron. Pero una vez en la fiesta de los Ortegas, la cosa se animó con el vino, la conversación y la música, y la mujer comenzó a impacientarse.

En un momento dado, su inquietud e intuición de madre la empujó a la puerta del cortijo. La luna, prácticamente llena, bañaba como si fuera de día todas aquellas lomas, entre las que restallaban brillantes manchas de nieve en las umbrías. Echó la mirada hacia su cortijo, y un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo, al imaginar que su hija, allí sola, pudiera levantarse y ocurrirle algo malo. Sin despedirse siquiera, tiró vereda adelante. Conocía a la perfección el camino. La trocha transitaba por tierras calmas salpicadas por grandes carrascas y algún pino suelto. Solo tenía que atravesar un barranquito más cerrado de monte, que bajaba de los contrafuertes del Tornajuelo y de la Risca de las Palomas, en la mojonera con Granada y la áspera sierra de Castril. Por su discreción para los desplazamientos, sin ser vistos, ese era precisamente paso de lobos, así como de otros animales montunos. No se sabe si fue casualidad, o si advertidos a distancia por la música y el trajín de la fiesta, los lobos permanecían al acecho al paso de la vereda. Lo cierto es que allí, junto a la fuente del Leganillo fue devorada aquella pobre mujer, mientras que ajenos a la tragedia, a unos centenares de metros, continuaba la alegría y la jarana en el cortijo de los Ortega.

Cuando el marido se percató de la ausencia de su mujer, se despidió y enfiló para su cortijo. Al no encontrarla allí se temió lo peor; no podía ser más que cosa de lobos. La buscaron esa noche, dando con los pocos restos que quedaban de ella con las primeras luces del día, apenas unos metros por bajo de la vereda por donde habían buscado. El hecho causó profunda conmoción en la zona. La mujer fue enterrada en Castril. Uno de los presentes en aquella tragedia del Leganillo, el Tío Marceliano, contó la historia, que se ha ido transmitiendo de generación en generación.

Acabo de cerrar la libreta de notas, para asomarme al puntalillo que domina el barranco de la tragedia.

—Mire usted, en aquel pino aparecieron las ropas ensangrentadas y algunos restos de la mujer, un poco por bajo de donde pasa la vereda, y antaño estaban los tornajos de la fuente del Leganillo.

La fuente no mana hoy, pero unas junqueras y un cañaveral, del que se arrancan varios zorzales, los primeros del otoño, dan muestras de que la humedad no debe andar lejos. Una cosa me llama la atención. Ha pasado más de un siglo de aquel suceso y aún siguen vivas las veredas que toman los bichos. Seguramente las mismas que utilizaron aquella fatídica noche los lobos. Hoy son jabalíes y zorros los que las utilizan para bajar de la sierra al llano, quizás buscando las humedades de la antigua fuente, hoy un rezumadero casi perdido.

Esta historia, mucho más completa y mejor narrada, forma parte de uno de los once cuentos (*Noche de lobos*) del libro *La noche de bodas*, de José Cuenca.

*Si se me hiciera de noche
antes de llegar a casa,
me vendré por la vereda
que bordea la montaña*

....

*¡Qué negra viene la noche
por los montes del invierno!*

...

*Viento de almas perdidas,
noche de lobos hambrientos*

...

*En el perfil de la noche
colmillos llenos de escarcha
corren devorando el rastro
caliente de unas entrañas*

BALLESTEROS PASTOR, *Romance de los lobos hambrientos
que se comieron un amor*, 1982

